

III Domingo de Cuaresma Año B – 3 de Marzo (Ex 20,1-17, 1Co 1,22-25, Jn 2, 13-25)



Queridos hermanos y hermanas, el evangelio de este III Domingo de Cuaresma nos dice que Jesús **entra** en el Templo (el equivalente de nuestras iglesias de hoy) y, de repente, encuentra acondicionados comerciantes que venden animales seguramente para los sacrificios. ¡Es un desastre muy bien organizado! Además de los gritos de los animales en el templo, también hay gritos de los vendedores; todo esto causa mucho ruido y hacer la ORACIÓN imposible. Jesús reaccionó (los echó a todos del templo) y dijo a los mercaderes: **«Quitad esto de aquí. Dejad de convertir la casa de mi Padre en una casa de comercio»**.

Jesús está muy enojado, por lo que su ira no es un cambio de humor común. Con su acción, Jesús quiere restablecer el orden en este lugar donde reina el desorden, se hace defensor de su Padre, quiere devolver al Templo su función inicial, la de ser el lugar de la gloria de Dios, lugar de su presencia, lugar de belleza donde se encuentra a Dios; un lugar donde Dios se hace cercano, y donde el hombre acepta acercarse a Dios.

¿Qué tiene que ver hoy con nosotros este texto?

¿No es esto una interpelación para nosotros que somos cristianos hoy? ¿Cuál es el ambiente que reina en nuestras iglesias? ¿Son realmente lugares de oración y de encuentro con Dios? Bajo ciertas circunstancias, ¿nuestras iglesias no se parecen a veces a salas de conciertos donde se permiten todos los bailes y trajes? Y aunque estemos allí por el culto, ¿somos conscientes de que se trata de un lugar fuera de lo común? Y si Jesús volviera a visitar nuestras iglesias hoy, ¿no experimentaríamos la misma ira e indignación?

Comprendamos bien: la ira de Jesús no es contra los hombres, sino contra sus prácticas, que anteponen los intereses humanos (dinero, animales) a la adoración a Dios. ¡Jesús está allí para recordar así a los fieles un culto interior y no un culto exterior!

«Quitad eso de aquí» dice Jesús a los mercaderes y a nosotros hoy

Queridos amigos, hermanos y hermanas, si Jesús ha puesto orden en la casa de su Padre, la Cuaresma es el momento favorable para que cada uno de nosotros intente poner orden en su vida con vistas a un cambio radical. En efecto, hay otro mercado al que debemos prestar mucha atención: el que se desarrolla dentro de nuestros propios corazones. En efecto, es nuestro corazón el verdadero templo donde Dios quiere habitar. Ahora bien, con demasiada frecuencia se encuentran en ella la arrogancia, la pereza, la voracidad, la insaciabilidad, el odio, los celos y la codicia.

Pues bien, Jesús nos dice en este tiempo de Cuaresma: **sacad esto de aquí**. Todo esto no puede hacernos felices; al contrario, no hace más que amargar nuestra vida y la de los demás. De todo esto tenemos que liberarnos si queremos hacer de nuestro corazón una morada digna para Dios. San Juan María Vianney nos anima con su convicción: *«Fuera de Dios, veis, hijos míos, nada es sólido. Si es la vida, pasa; si es la fortuna, se derrumba; si es la salud, se destruye; si es la reputación, es atacada. Vamos como el viento. Todo se va rápidamente, todo se precipita.»*

¡Que esta Cuaresma nos ayude a volver a aprender que somos los amados del Señor, los que humildemente pueden lanzarse sin cesar en los brazos del Padre! Que nos ayude a tener el valor de hacer la "limpieza de Pascua", de hacer un trabajo de limpieza y de poner en orden nuestra vida para acoger dignamente a Cristo resucitado en el día de Pascua. Que el Señor nos ayude y nos bendiga a todos, Amén

P. Eric Manirakiza, smm

